



“Neomachismo”

Por: Psic. Édgar Abraham García Córdoba

Junio 2015.

Este documento es publicado en la página de internet de Universidad Mexicana, en la sección de investigación.

Varones, *neomachismo* y planeación familiar en la ciudad de Veracruz.

Por: *psic. Edgar Abraham García Córdoba.*

Resumen:

Muchos hombres dicen que comparten las tareas domésticas, que no son machistas y creen que la carga de cuidado y planeación familiar es compartida, pero en las encuestas no se ve así. En México, por desgracia, se ha hecho una exaltación de uno de los peores síntomas del patriarcado: el *machismo*. *A veces con ropaje de interés por la mujer en su nuevo desarrollo, encuentra una renovada forma de mantener su control sobre ella.* Existe un *Neomachismo* en relación al tema de planeación familiar, y en el presente trabajo trataremos de analizar

Introducción:

Los ciudadanos que hemos presenciado las grandes transformaciones sociales que han acontecido a nivel global desde las últimas décadas del siglo XX, y lo que llevamos del XXI, hemos contemplado con estupor los avances en materia tecnológica, y su incidencia en las dinámicas sociales; sin embargo, ha sido poco lo que hemos reflexionado sobre esto, quizá por vernos absorbidos en la propia cinética de la Historia, experimentándonos casi como “atropellados” por un ritmo de vida vertiginoso, nunca propuesto, siempre impuesto, y según convenga al gran mercado.

Tal como al hombre homérico, hoy más que antes vivimos a la suerte de los dioses. Hoy dichos dioses no viven en el Olimpo, sino en el Mercado Global, aunque siguen siendo igualmente temperamentales y soberbios. Y nosotros seguimos siendo esos ciudadanos helenos que, sin quererlo, nos vemos envueltos en grandes disputas bélicas fratricidas, en dinámicas perversas a manera de realidades trágicas, donde la injusticia prima sobre de la justicia, el desamor sobre del amor, y las trampas de las dialécticas hegelianas triunfan sobre del ideal de civilización que soñaran sus padres: Aristóteles y Platón.

Por otra parte, creemos que todas las dinámicas sociales del presente no han surgido como por generación espontánea, sino como producto de un *continuum* causal. Es por ello que, para comprender nuestro presente, debemos retrotraernos al estudio de sus causas, de manera que podamos algún día respondernos la siguiente pregunta nuclear: ***¿Qué nos está pasando?*** Albergando la esperanza

de que, al responderla, podamos entender y atender, *mutatis mutandis*, las exigencias del hombre de nuestra época.

De momento, responder esta interrogante es un reto que excede los propósitos del presente ensayo; de tal manera que, modestamente, sólo pretendemos contribuir en el esclarecimiento de una pequeña parcela de la realidad actual, a la cuál dedicamos el este trabajo.

Es bien sabido que muchos de los conflictos psicosociales se generan en la intimidad de los hogares. Los problemas de la pareja pronto se contagian al resto del sistema familiar, con lo cual contribuye a la gestación del conflicto social, a su mantenimiento y/o empeoramiento, empero, también a su solución.

Siendo muchos los factores que originan los conflictos en el seno familiar, es nuestro deseo centrarnos en uno de los más importantes; inclusive a nivel cultural quizás sea considerado el conflicto nuclear por antonomasia: el patriarcado. Este sistema en donde históricamente la mujer se ha visto en desventaja ante el hombre. En México, por desgracia, se ha hecho una exaltación de uno de los peores síntomas del patriarcado: el *machismo*, mismo que, en su versión clásica, fue explotado hasta el hartazgo en la llamada “época de oro” del cine nacional, a través de los protagonistas de películas y corridos, o canciones del folklore inspiradas en supuestas épicas revolucionarias, retratando una vida campirana donde la constante del padre dictatorial como pareja de la madre sumisa y abnegada, era la norma desde la que se suponían roles y estereotipos que trascendían a la esfera de lo moralmente aceptado por los espectadores de entonces.

Sin embargo, en los últimos años, la profusión del estudio de la condición femenina es clara muestra del interés por el cambio de los roles de la mujer, tanto en la vida privada como en la pública y social. (Leñero, O. 1992) esta preocupación ha sido inducida no sólo por movimientos feministas, más o menos radicales, sino también por amplios sectores humanistas de la sociedad civil, lo mismo que por diversos órganos operativos y legislativos de la sociedad política y de los gobiernos y entidades internacionales. A todos ellos les ha parecido importante entender la perspectiva femenina en la vida contemporánea en el momento en que la misma realidad marca procesos ineludibles de cambio en las relaciones entre ambos sexos, lo mismo en el ámbito de la sociedad global que en el seno de la vida privada.

Los impactos de estos cambios –pero también de la resistencia a ellos-, parecen tener una importancia y un alcance ilimitados. Tras la cuestión de la mujer y su ancestral dependencia al varón, y en la mutación de su postura, se haya muchos problemas y nuevas expectativas de la vida moderna.

La *planificación familiar* ha tenido una participación muy importante en este asunto. Las principales protagonistas en el proceso de regulación de la reproducción biológica han sido, como cabe suponer, las mismas mujeres. En ellas ha recaído la responsabilidad del uso de anticonceptivos. (*Op. Cit*)

Si en otras épocas se pedía a la mujer que asumiera su vocación femenina como una misión básicamente maternal y procreativa, ahora, en el seno de un planeta que obliga a desacelerar el crecimiento demográfico de la humanidad, se le demanda que cambie su rol procreativo y que se convierta tempranamente en usuaria de métodos anticonceptivos diseñados precisamente para ella.

Hay en todo esto una perspectiva de género masculina que, *a veces con ropaje de interés por la mujer en su nuevo desarrollo, encuentra una renovada forma de mantener su control sobre ella.* (*Op. Cit.*) Existe un *Neomachismo* en relación al tema de planeación familiar, y en el presente trabajo trataremos de analizar lo que, al respecto, hemos ido encontrando en la literatura revisada, así como en las encuestas aplicadas aleatoriamente, diseñadas por la *International Planned Parenthood Federation* (IPPF) y la Fundación Mexicana para la Planeación Familiar (MEXFAM), quienes realizaron el estudio en las ciudades de Querétaro, el Distrito Federal y Monterrey, en 1992, a manos del investigador profesor Luis Leñero Otero; y que nosotros, más recientemente, hemos replicado dicho estudio en Veracruz Ver., México., contando con la colaboración de los alumnos del 6º cuatrimestre de la Licenciatura en Psicología Social turno sabatino, de la Universidad Mexicana (UNIMEX), campus Veracruz.

Desarrollo y análisis preliminar.

Los varones entrevistados caracterizan a un sector altamente representativo de la sociedad mexicana. Se trata de hombres en estado marital, trabajadores asalariados en su mayoría que viven en el Municipio de Veracruz, y que, a pesar de sufrir de alguna presión económica, puede decirse que reflejan una relativa condición de modernización socio ambiental, si aludimos a indicadores de búsqueda de cambio hacia la vida urbana en que ahora se mueve.

La religión católica es la predominante, aunque no se consideran practicantes asiduos, sólo en los ritos como el bautismo, comunión, misa de “quinceañeras”, así como bodas y ritos funerarios.

Tocante a los *roles de la mujer en la familia* se puede decir que el primer reducto legitimado del machismo está referido al mantenimiento de los roles tradicionales de la mujer en el seno del hogar. El cambio de estos implica un desequilibrio institucional y genera inseguridad en el hombre-machista. Podría decirse que la resistencia masculina a la aceptación de una nueva perspectiva de género femenino dentro del hogar, e incluso en el trabajo, fuera del ámbito privado, aparece como “natural” en muchos varones, aun cuando no quieran mostrarse como recalcitrantes machistas.

En términos generales podría decirse que un primer perfil machista, bastante genérico y común, es el que alcanza, en esta población alrededor del 40% de la población masculina, a pesar de la predominante juventud de nuestros entrevistados. Los indicadores son muy significativos: no se acepta realmente que la mujer trabaje fuera del hogar, ni que gane más dinero que el esposo. No se acepta que la mujer propia no quiera tener hijos y un poco, en menor medida, no se acepta que la mujer, por propia iniciativa, use anticonceptivos. Pero, con mucho mayor énfasis, no se acepta que ella se aficione al trabajo más que a su hogar.

La respuesta de una gran mayoría, sin embargo, trata de ser convencionalmente menos machista, aunque despunte en algunos indicadores, de manera más espontánea, como *neomachista*. Pero el machismo se refuerza en el propio ambiente masculino de los amigos. Según los datos recabados –que no dejan de reflejar lo convencional de las respuestas-, se afirma en la perspectiva masculina consabida, que el varón debe demostrar que él es “el que lleva los pantalones” en el hogar. Más de la tercera parte lo ratifica. Sin embargo, la mayoría no deja de reconocer que la demostración de la autoridad no es necesaria. Todo el mundo sabe que, en el fondo, hay en México una realidad mayoritaria de familias maternas, aunque se diga públicamente lo contrario. En cambio en la proyección hecha sobre la opinión de los supuestos amigos aludidos, se reflejan dos tendencias dispares: por un lado, la tradicional que presume de prepotencia y control sobre la mujer (ella no puede hablar de tener varios hombres -97%- aunque él si pueda jactarse de tener varias mujeres -37%-), o, incluso, de la baja aceptación del trabajo femenino como demostración de una cierta impotencia económica del hombre ante sus amigos (54% de opinión en contra). Estamos, pues, ante indicadores de cierta resistencia machista encubierta en un contexto de una mayor igualdad humana sólo aparente.

El reconocimiento de la calidad femenina y de su aporte

Existen indicadores que llevan a un predominante reconocimiento del papel relevante de la mujer como persona que ha tenido, de hecho, un avance indiscutible, y con ello se acaba de reconocer a la mujer su mérito trascendental y moral. Esta aparece en la afirmación de los varones como más comprensiva, mucho menos egoísta que él, más lista, mas trabajadora, y hasta más feliz y valiosa. Y es aquí una vez más, donde la planeación familiar adquiere un nuevo sentido de calidad de vida familiar, con la participación del hombre y la mujer.

La sexualidad forma parte de la cultura, cuando ésta cambia la modificación de los valores, trasciende a diferentes pautas reguladoras del comportamiento cotidiano de la población. Sin embargo, es común que las concepciones de lo sexual se mantengan más allá de las mismas prácticas.

Creemos que las conductas sexuales en nuestro medio han tenido ciertas constantes en el tiempo; no obstante, no cabe duda que la *significación* y el sentido moral de las mismas han cambiado notablemente. La relación sexual significa ya, abierta y convencionalmente para la mayoría (78%), una actividad placentera reconocida no sólo en los corillos masculinos, sino también en la vida familiar y comunitaria consabida. Tanto en las ciudades pequeñas, como en la más cosmopolita, los entrevistados dicen que significa, también genéricamente, una fuente de liberación de la tensión nerviosa (65% dice que casi siempre, y otro 31%) y, por lo tanto, se le dota de una valoración positiva, que en la cultura tradicionalista sólo podía parecer y declararse en forma encubierta o como confesión de parte.

Por otro lado, la *significación* machista –en la perspectiva de género masculina– no deja de estar presente en la cuestión sexual: sólo 28 % dice que la relación sexual propiamente dicha no le significa nunca un dominio sobre la mujer, en la idea de que esta todavía puede considerarse bajo la tutela directa del hombre. Su contrapartida es la disfunción sexual masculina que pone en tela de juicio este “poder” del varón, reforzado por la pauta cultural del descrédito a la impotencia sexual.

La planeación familiar no puede quedar al margen de esta injerencia masculina, sea en un sentido positivo o negativo. Las mismas respuestas de los entrevistados podrían reflejar, en su negativa, este “miedo de no hacerla”, que seguramente es mayor de 40% “en algunas veces” (y sólo un supuesto 5%, “en la mayoría de las ocasiones”).

Pero la forma ética pública se salva cuando poco más de la mitad de los entrevistados afirman que las relaciones sexuales han significado para ellos, la mayoría de las veces, una gran responsabilidad. En lo cual hay que reconocer que, al menos para la otra mitad, esto no ha sido así. Sólo en este contexto de valoración y sentido puede plantearse un control del embarazo tras los cientos de millones de relaciones sexuales ocurridos mensualmente en el país, si extrapolamos la información de nuestros informantes al resto de la población masculina.

Tratar el asunto de la anticoncepción sin tener en cuenta la participación masculina impositiva o de impacto de la seguridad e inseguridad de esta identidad viril, es olvidarse de un proceso real de decisiones que rebasan una voluntad y sensibilidad femenina, en las llamadas “usuarias de planificación familiar”.

Desarrollo de la sexualidad masculina en este perfil de la sexualidad real del trabajado masculino se constata que el inicio sexual del varón ocurre en la mayoría de los casos (84%) durante la adolescencia, incluso se presenta antes de los 15 años, en el 16% de los entrevistados. Esto conduce necesariamente a plantear una estrategia promocional temprana, no tanto con el propósito de favorecer esta misma tendencia de precocidad sexual entre los jóvenes, sino con el objeto de promover un sentido previsor, más bien basado en el respeto de la mujer como compañera, pero también considerándola como posible madre prematura.

De hecho, la práctica sexual antes y después del matrimonio es reconocida por 67% de los entrevistados: principalmente con una amiga, en segundo lugar con la novia, y en tercero con una mujer desconocida. Respecto a esta práctica el varón confiesa, en la mayoría de los casos, que en su prevención anticonceptiva acostumbra dejarla a la iniciativa de ella, lo cual no deja de tener una consecuencia de significación moral. Si ella lo prevé, sobre todo antes de llegar al matrimonio, se trata de una persona que moralmente deja que desear, pues ha retenido la relación sexual con premeditación. Esto señala negativamente, de alguna manera, a los ojos del varón.

Hay aquí, por lo tanto, una seria implicación de estrategia promocional de la planeación familiar –vía masculina-, que hasta ahora parece haber quedado en un plano sumamente secundario, cuando no nulo. Pero el hecho no deja de tener significación en la conducta sexual marital propiamente dicha.

De acuerdo con nuestros entrevistados, estos tienen relaciones (se supone que en forma prioritariamente marital), una o más veces por semana, en 80% de los casos. La frecuencia de esta práctica, si es que lo dicho se ajusta a la realidad, no

deja de ser importante, pero la problemática de la calidad de las mismas lo es todavía más.

Y a este respecto, la planeación familiar desempeña un papel primordial, no solamente –repetimos- para liberalizar mayormente la conducta sexual –ya de por sí confusa- sino para ayudar a darle el sentido vital y trascendente que puede tener en sus diversas circunstancias y situaciones, tomando en cuenta a la contraparte femenina.

Distribución de funciones y participación masculina en la vida familiar. Presentamos dos series de datos: la primera se refiere a saber quién es el que lleva la responsabilidad de las funciones, y si éstas se plantean como funciones compartidas en pareja o no; la segunda alude al rechazo o aceptación del varón de que su mujer asuma tal o cual función, al margen de las marcadas por cultura tradicional. La mayoría de nuestros entrevistados no están de acuerdo en que su mujer trabaje fuera del hogar (69%), ni en que ganen más dinero que ellos (54%), ni en que se interese más por su trabajo externo a la casa que por las cosas de su hogar (93%), ni que no quiera cumplir con su “deber biológico” de tener hijos (56%).

La cuestión no deja de implicar un cambio de mentalidad que no es solamente asunto de racionalidad, sino de ampliación de intereses afectados en su seguridad e inseguridad de vida privada familiar cotidiana. Modificar esta actitud debe ser una cuestión primordial de tipo educativo, pero también una propuesta de nuevos usos y costumbres aun no arraigada. Hacia allá tendría que dirigirse una posible promoción de programas de planeación familiar que no sólo tuviese como meta conseguir un número de usuarios de métodos anticonceptivos, sino lograr a sí mismo una verdadera nueva perspectiva dual simbiótica de género, reflejada en la organización familiar, y que necesariamente implica muchas cuestiones clave, vinculadas esencialmente a la planeación familiar.

Entre las formas de involucrarse en la vida familiar, que va transformándose en la situación cambiante actual, está la situación conflictiva y de desajuste de las relaciones entre sus miembros. Al querer promover un cambio de los modelos de acción y participación familiar, habremos de tener en cuenta los procesos de desajuste más significativos.

Desajuste y ajuste marital en los procesos del cambio familiar. La familia proletarizada está sujeta a diversas tensiones provenientes de su adaptación a un contexto sociocultural y económico *cuasi* moderno o moderno, sin que por ello pierdan muchos de sus rasgos tradicionales. Estos se llegan a mantener, casi

siempre de manera simbólica y referencial, al mismo tiempo que se adoptan formas y usos de nuevo cuño urbano e industrializado.

En este proceso de reajuste, la pareja marital sufre un fuerte impacto en el que se rompen pautas homogéneas y convencionales antes aceptadas como tales, aunque incumplida en buena parte de ellas. El reconocimiento a este cumplimiento permite una determinada reafirmación del deber ser y de los modelos a que se respondía idealmente. Entre estas pautas aparecían las modalidades de conformación de los matrimonios y de las parejas conyugales, más o menos cumplidoras de las normas. Pero ahora estas antiguas regulaciones, un tanto prototípicas y homogéneas para todos, se desdibujan y obligan a cada nueva pareja a conformar, de acuerdo a su propia característica y habilidad, el modelo a que aspiran.

Podría considerarse que el desajuste más significativo de una pareja marital es la ruptura de su unidad. Esta representa, para el modelo de la familia nuclear-conyugal, una situación grave de desintegración familiar fundamental. La declaración de un desajuste en ella tiene, para el mismo hombre, un sentido de problematicidad difícil de reparar, sobre todo cuando hay una prole en desarrollo y cuando la familia ha declarado su autonomía básica ante los parientes de uno y otro lado.

Por ello, es frecuente el encubrimiento de una situación que puede llevar a la ruptura. La declaración externada de una armonía familiar, bien o mal aparentada, forma parte de la convencionalidad pública. Sobre todo para alguien que se puede sentir inseguro en su estabilidad socioemocional.

Es quizá el caso de buena parte de nuestros entrevistados: ante la pregunta delicada, prefieren contestar con la respuesta consabida y pública, acostumbrada ante los extraños. Los datos anteriores parecen reflejar esta situación y respuesta, válida, pero un tanto convencional: la mayoría dice no haber tenido experiencias extramaritales (91%); dice ser comprendido por su mujer (88%); afirma que lo que le importa más es que su mujer lo acompañe y comparta sus opiniones y problemas (82%); y describe a su familia como muy unida (85%). Los que no responden así, parecen también minusvalorar el posible conflicto, en la opción intermedia. Muy pocos se confiesan en la situación extrema negativa.

Pero detrás de esta información se oculta sobre todo en la personalidad masculina referida a su vida familiar, una resistencia a que otros sondeen en lo que se puede resultar peligroso, y evidencie su debilidad. Por esto resulta particularmente difícil romper esa máscara que encubre su vida privada, más que en el caso de su

actuación pública y social. La mujer resulta más franca al respecto, quizás porque se sabe moralmente más fuerte.

Una promoción de la participación masculina en la planeación familiar y, por lo tanto, en su intimidad familiar y emotiva, resulta singular sin duda doblemente trascendente en el caso del varón: su cambio de actitud y mentalidad en cuanto a los intereses de identidad y de responsabilidad compartida en lo familiar seguramente puede ser más definitiva que otro tipo de promociones orientadas al simple uso de productos por parte de la mujer. Porque de lo que se trata es de lograr, a través del reconocimiento de la dualidad de perspectivas de género, el cambio de la organización familiar en su conjunto y en la prohibición de su proceso reproductivo, intrínseco a su propia naturaleza.

Actitudes en general ante la anticoncepción. Como habíamos considerado el modelo de la pareja conyugal de tipo más compartido aparece en alrededor de la mitad de la población masculina entrevistada. Para este grupo, hay un “deber ser” aceptado, al menos de manera convencional, como vigente: afirman que los dos miembros de la pareja marital deben participar equiparablemente, en las diversas fases del proceso procreativo: desde la relación sexual hasta el uso de los métodos de regulación de la concepción.

Hay, sin embargo, en la otra mitad de los interrogados, un perfil predominante en el que se acepta que el hombre debe tener mayor injerencia en la decisión sobre el tamaño de la familia, y la mujer sólo en cuanto a los medios para lograrla. Pero se dividen equilibradamente las opiniones sobre quién, en el fondo, decide sobre todo las relaciones sexuales.

Nos encontramos, por consiguiente, ante una situación actitudinal que difiere en buena medida de la norma patriarcal y pos patriarcal machista, aunque la reserva masculina al respecto puede tener todavía la misma actitud ideal, en casi un tercio de la población de dicho sexo. Sabemos que en los hechos predomina una perspectiva masculina de corte más bien sexista. El *Neomachismo* se mueve precisamente, según se dijo, en esta ambivalencia ideal –factual-. De cualquier manera, esto significa ya un proceso de avance en el que necesariamente está involucrada la promoción de la planeación familiar por el lado del varón.

Pero veamos cuáles son las percepciones que de la realidad actitudinal tienen los entrevistados sobre ellos mismos y sobre su contraparte femenina.

La percepción sobre la aceptación masculina de la anticoncepción refleja, de alguna manera, la actitud encubierta de su propio recelo persistente. Sólo 36 % dice que los varones, en general, están ya aceptando las medidas anticonceptivas. En cambio, 64% sienten que todavía la población masculina, en su mayoría,

muestra recelos hacia ella. Es posible que en esa mayoría se encuentre, en buena parte, los que así lo afirman.

Las razones aducidas de ese recelo, según ellos mismos, es el machismo y la ignorancia (72%); sólo unos cuantos mencionan el imperativo religioso (9%), o el deseo de tener más hijos (12%). En cambio, la razón de un posible rechazo por parte de las mujeres, según los varones entrevistados, es la ignorancia y la religión (43% entre ambas).

Ante la conveniencia del uso del condón, aparecen las actitudes de una aceptación no tan espontánea por parte del mismo usuario y de su pareja. La racionalidad o facilidad de su uso como producto –que admite una distribución masiva- encuentra, sin embargo, resistencias que pueden ser fácilmente reconocidas a partir de los datos de nuestra encuesta.

Sólo a partir de este reconocimiento podemos detectar los verdaderos alcances y las posibles aplicaciones realmente esperadas del condón, teniendo en cuenta la cuestión de fondo que parece importar más: lograr que el hombre se sienta responsabilizado y participe activamente en la práctica anticonceptiva. Lo primero que salta a la vista es que el hombre confiesa que no le gusta usar condón (70%) y que, según él, a la mujer tampoco. Las razones aducidas son patentes: suele decirse que su uso resta satisfacción a la relación sexual, de un modo o de otro. Ante ello hay una resistencia real, aunque las razones a favor de su uso sean más bien de otro tipo: su eficacia para evitar el embarazo (68% de las opiniones atribuidas por ello a las mujeres) y para evitar las enfermedades sexuales, esta última razón considerada en mucho menor medida (sólo 28% de esa misma atribución femenina). La razón positiva que ellos mismos aducen es igualmente efectista del no embarazo, y práctica en cuanto a evitar la transmisión de enfermedades sexuales.

Efectivamente, se considera en general que el condón resulta muy accesible (89%), eficaz (50%), “útil” ante el SIDA y otros males (92%); pero se reafirma que es incómodo (45%) y limitante del placer sexual (52%).

En todas estas opiniones y actitudes no deja de encontrarse un trasfondo de ignorancia o de duda en buena parte de los varones entrevistados, bien porque no lo hayan usado todavía, bien porque desconozcan los posibles alcances del mismo método si se usa sólo ocasionalmente. El mismo recelo de usarlo con la propia esposa (porque sea un método común en la práctica de la prostitución) subsiste en buena parte de los resultados: 40% de ellos.

Actitudes ante la esterilización. El otro método masculino entra en competir con la correspondiente operación quirúrgica aplicada a la mujer. La actitud masculina ante dicha alternativa es evidente.

Más de la mitad de los entrevistados prefieren, entre las dos posibilidades, que sea la mujer la que se opere, a pesar de la diferencia de implicaciones. Una cuarta parte parece rechazar ambas opciones, y sólo una quinta parte considera la posibilidad de hacerlo él. Ellos mismos dicen que los hombres tienden a resistirse más por ciertos motivos. Casi la mitad prefiere no tocar el asunto y no responder. Sólo los que sí están más abiertos (24%), reconocen que es más fácil practicar la esterilización masculina (la mitad de ellos), y que es la cuota de su aportación a la planeación familiar responsable (18%).

Conclusiones preliminares

Llegamos al final de este análisis, el cual podríamos destacar tres niveles de participación en la práctica anticonceptiva de los varones estudiados: 1) la totalmente negativa o inexistente; 2) la realizada por medio de la pareja femenina, con su menor o mayor anuencia y colaboración; y 3) la que se presenta cuando el hombre usa o ha usado un método en lo personal.

Cada uno de estos tres niveles puede tener significaciones dispares, pues aun cuando no se haga uso de los anticonceptivos propiamente dichos, puede haber ya una forma de aceptación y de racionalización de la planeación familiar como idea y propósito en proceso real; así mismo, puede ser que la mujer esté usando anticonceptivos y, sin embargo, el hombre se muestre en contra de esa práctica o simplemente la ignore de manera explícita, y en el fondo no participe. Por último, el varón puede recurrir al condón, o incluso a la vasectomía, pero con un sentido más de escape de la responsabilidad familiar –en sus relaciones extramaritales-, que de planeación de su propia familia.

Habrá pues que estar atento al sentido mismo que puede tener la conducta de las personas, más allá de una simple clasificación de categorías de práctica, en uno y otro caso.

- 1) *Un primer perfil de niveles apunta un 25% de no participantes en ningún sentido.* Es de hecho bastante reducida si se considera de la práctica anticonceptiva en nuestro país. Pero la población de las características socio demográficas que aquí analizamos (teniendo en cuenta principalmente sus grupos de edad así como sus niveles socioeconómicos) muestra una introducción ya avanzada de la práctica anticonceptiva.

2) *Más de la mitad de la población masculina entrevistada, que es sin duda el grupo más representativo, participa en la planeación familiar por medio de la práctica anticonceptiva de su pareja femenina.* En este sentido preponderante de la involucración masculina, al menos en las etapas de la vida marital.

Pero lo que importa aquí es la calidad de la participación masculina, como responsabilidad en todas sus implicaciones. Habría que tener presente esta dimensión a la que se aspira como realidad y estrategia de involucración real.

3) Finalmente, se encuentra *el grupo de varones que dice usar anticonceptivos por su cuenta y de manera constante.* Es tan sólo una quinta parte de la población y, a demás, pensamos que la constancia y regularidad de este involucramiento nunca puede ser definitiva si sus parejas correlativas no participan, a su vez, en dicha práctica, tanto en el uso del condón o en cuanto en la vasectomía, sobre todo si los consideramos métodos de planeación “familiar” propiamente dichos, y no sólo como anticonceptivos “individuales”.

Es por ello que resulta significativamente la afirmación de que, en la mayoría de los casos, han sido los dos miembros de la pareja quienes han tomado la decisión, conjuntamente, de usar algún método (74% de los casos), y sólo 12% lo han hecho a partir de su propia iniciativa masculina.

Reflexión final.

A veces detrás del velo de la normalidad se ocultan fenómenos psicosociales que deben ser objeto de estudio de los académicos, para poder coadyuvar con las instituciones públicas en la atención de las mismas., las universidades juegan un papel vital en la creación y actualización del conocimiento científico. Es por esto que el presente trabajo resulta especialmente significativo, ya que he salido de la colaboración de los estudiantes de la licenciatura en psicología social, a los cuales quisiéramos agradecer y convidar a que sigan esforzándose y siendo sensibles ante las demandas del medio.

Las consecuencias del *neomachismo* en la planeación familiar son evidentes en Veracruz como en el resto de la República Mexicana, y estamos seguros de que el hecho de estudiarlo y atenderlo de manera objetiva, brindará pautas para su abordaje y el establecimiento de mejores códigos culturales que permitan caminar hacia una sociedad más justa y equitativa.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, J. y Mayén, B. *Hablemos de sexualidad*. Lecturas. MEXFAM. México. 1997.

Álvarez Gayou, J.L. "Actitudes masculinas ante la planeación familiar en México". Reporte de investigación piloto, México, MEXFAM, 1987.

Castellanos, Rosario, *El eterno femenino*, México, FCE, 1975.

Chapela, L. *Cuadernos de población*. Ciudadanos y ciudadanas. CONAPO. México 1999.

Elu, M. y Santos, E. *Migración interna en México y salud reproductiva*. CONAPO. México. 2005.

Leñero, L. *Varones, Neomachismo y planeación familiar en México*. MEXFAM. México. 1992

Ley de acceso de las mujeres a una vida libre de violencia para el estado de Veracruz de Ignacio de la Llave. Publicada en la gaceta oficial del Estado num. Ext. 65 de fecha 28 de febrero de 2008.

Neomachismo, la nueva fórmula de crianza de los hombres chilenos. <http://www.latercera.com/noticia/tendencias/2014/01/659-559240-9-neomachismo-la-nueva-formula-de-crianza-de-los-hombres-chilenos.shtml>

Yo: psicólogo Edgar Abraham García Córdoba, en pleno uso de mis facultades mentales, "Otorgo los derechos a la UNIVERSIDAD MEXICANA "UNIMEX" para que sea publicado este documento en la página web institucional"